



El meñique de la mano derecha

leí [esta página](#)

Me fijé, al leerlo, de forma maquinal en el mío; lo tengo muy deformado, nudoso, y siempre digo de él que parece un cacahuete. Es un detalle sin importancia, ya lo sé; pero me hizo imaginarla, a ella, un poquito parecida a mí.

¿O me hizo imaginarme parecida a como la estaba imaginando a ella?

Porque uno no tiene una consciencia muy clara de sí mismo aunque hay sí muchas personas que parecen tenerla. Muchas personas que afirman “yo soy optimista”, o “yo soy muy constante”, o “yo soy muy rencorosa”, o “yo es que tengo mucha psicología”...; estas últimas, las que dicen tener mucha psicología, son por lo general auténticos zopencos.

Pero no creí que fuera su caso — puesto que de quien estoy hablando es de ella —; no creí, aunque tampoco dejé de creer, que tuviese mucha o poca psicología. No me supe hacer, a decir verdad, una idea ni aun remota de cómo esta mujer pudiera ser; y, sin embargo, inevitablemente, en cuanto le eché la vista encima la pensé.

No hay en el texto una descripción de ella; ni se mencionan en él sus circunstancias, ni cómo es el lugar en el que se mueve...

Pero yo la “estaba viendo”, sentada primero en la butaquita pequeña tapizada a rayas de la habitación del fondo, mirando las formas cambiantes de unas nubes que no estarían siendo muy distintas ni mucho más cambiantes de las que tantas veces veo a través de mi ventana yo misma, y moviéndose luego con esa desgana tan familiar con que frecuentemente yo me muevo...

(del diario de Valentina)



Final de serie